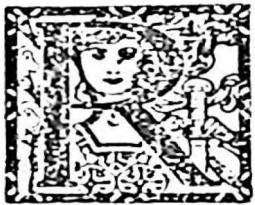


Santiago del Campo

## La niñez de Albéniz



RECORDAMOS a España en un itinerario de estampas: un patio andaluz, una verbena madrileña, una falla valenciana. Suenan algunos nombres amigos: Alberti, Espriú, Benjamín Palencia. Luego caen unas notas de música venidas de nuestro cielo roto. En estas notas, transportándolas, circundándolas, aparecen algunos rostros: Usandizaga, Falla, Albéniz,

¿Por qué Albéniz? No lo sabemos. Nosotros casi no le amamos. Dicen los musicólogos que era hombre falto de sentido creador e ignorante de tono y medida en lo que se refiere a la extensión de sus obras. Quizás. ¿Por qué Albéniz? Tal vez porque su música es añoranza. Añoranza: eso es lo que queremos. Añoranza, retroceso, vuelta. España salta, gira, gesticula, expresa en Albéniz. Puede que no sea la España que aman los inteligentes. Es la España hacia afuera, hacia el vocerío, el remate del baile, del taconeo, del garbo. Paisaje y ruido de estaciones. Lo saleroso, lo pinturreo: color. Por eso quiero recordarle ahora, en doble añoranza.

Hace ya un año que conocí a la hermana de Albéniz, en Madrid. Como quien dice, un siglo...

Doña Clementina Albéniz Pascual, hermana del gran compositor español, es una viejecita de grandes recuerdos. Memoriosa ella, prolija como un códice frailuno, va dejando caer con sus palabras una sarta de añoranzas, de cosas arrumbadas en el tiempo. Muy tiesa de cuerpo y rasgos, con esa derechura de almidón que dan los años, posee el difícil arte de accionar sin descomponer el orden de sus vestidos, ni la dirección de las arrugas de su cara.

Doña Clementina tiene ochenta años. Nació en 1856. Está en plena actividad. Tiene a su cargo una cátedra de gramática y literatura españolas en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. En las tardes, a esa hora sin color de las citas y los aperitivos, doña Clementina vuelve cansada a su casa. Entra al salón, se sienta al piano y hace música. Música de su hermano Isaac, naturalmente.

—¿Qué obras de Isaac son las que más le gustan?  
—le preguntamos.

Se queda pensativa, muy grave. El silencio se pone a recordar en sus ojos.

—Prefiero—dice—«La Pavana», «Ivonne en visita», «La reverencia», «Alegría hallada», piezas del álbum para niños pequeños y grandes, que son muy poco conocidas por el público. Oiga usted...

Do-re-mi-fa-sol. Doña Clementina toca. Sus dedos corren ágiles, niños, sabedores por las teclas del piano.

Y nosotros oímos, muy serios, llevando el compás con la cabeza.

Hablamos luego de Isaac. De su niñez. Días y años retroceden y nos zambullimos en la memoria.

Isaac Albéniz nació exactamente en el ya viejo año de 1860, en Camprodón, provincia de Gerona. Fué su padre don Angel Albéniz, interventor general de la isla de Cuba. Y su madre, doña Dolores Pascual, catalana; hija de un militar. Fueron tres los hermanos: Enriqueta, que a los dieciséis años dominaba cinco idiomas y murió muy jovencita; Clementina, primera maestra de música que tuvo Isaac y éste.

A los siete años, Clementina seguía clases de piano y, un día, para acallar los llantos del pequeño lo acercó al teclado. Tenía tres años apenas. Miró las teclas, curioso, levantó las manos y con un dedito presionó la blanca superficie. Sonó una nota. Y luego otra. Y otra. Y así, como quien juega, aprendió a tocar escalas, arpeggios y tonadas fáciles: Tenía seis años cuando compuso su primera obra: una marcha militar, que fué puesta en el pentagrama, se instrumentó para bandas y la tocaron todos los regimientos de Barcelona.

Por esos días ocurrió la inundación de la Barceloneta. Y para recaudar fondos en favor de los damnificados en la catástrofe, se celebró un festival en el teatro Romea. Isaac y Clementina se presentaron en un número de piano. Tan pequeños eran, que tuvieron que sentarlos sobre sillas repletas de almohadones. Terminado el concierto, el público, maravillado de

aquel prodigio, comenzó a echar al escenario juguetes y pelotas de colores. Isaac corría detrás de ellas desahoradamente y, sin darle importancia a la gente, se puso a jugar, riendo y palmoteando de alegría.

Doña Clementina tiene un retrato de Isaac a los seis años. Está encima del piano, en un marco muy dibujado y luminoso. Es un retrato de héroe infantil, con esa luz litográfica de las primeras fotografías. Isaac está apoyado en una butaca en forma de cuna. Tiene una manita metida en el pecho, en el espacio mediado entre dos botones de la chaquetilla, como si se auscultara el corazón. Las piernas, debiluchas. El cuerpecillo, gracioso. La cara, orillada de bucles en rebelión. Los ojos muy grandes, salidos en mirada preguntona. La nariz fina. Los labios lineados. Cara de auténtico niño prodigio, seguro de lo que no conoce, respingado en arisca presunción inocente.

A los nueve años comienza a revelarse su personalidad. Estudiaba por entonces en el conservatorio. Durante la celebración de las fiestas de Santa Cecilia era obligatorio que los alumnos contribuyeran con una colecta. El pequeño Albéniz se sintió ofendido por esta sujeción, y decidió vivir por su cuenta y riesgo. En la tienda en donde su madre tenía cuenta abierta, se proveyó de salchichas y jamón. Hizo un hatillo de ropa. Juntó sus ahorros y, con su método Eslava bajo el brazo, salió a recorrer mundo. Partió hacia el Escorial, con la cabecita ensortijada llena de sueños de colores. Escapado de una novela de Dickens, se sentía



impulsado a caminar por caminos de leyenda. En el Escorial, fué a visitar a un maestro de Capilla, llamado don Cosme.

—Vengo a dar aquí unos conciertos—le dijo— porque soy el concertista y compositor Isaac Albéniz.

Don Cosme arrugó el entrecejo. Músico viejo y puntilloso, le parecía aquello una falta de respeto al arte.

—Deme usted un tema—exclamo Isaac rompiendo el silencioso asombro de don Cosme—deme un tema y lo desarrollaré en menos de media hora.

Don Cosme, más sorprendido que nunca se rascó la espléndida calva, ajustóse los lentes en la nariz, dió dos tiraditas nerviosas a su corbata de lazos, carraspeó ronco y, refunfuñando, pensó un tema. Difícil desde luego. Acaso un tema que él nunca había conseguido tratar. Y el pequeño Albéniz, riendo con toda la fuerza de sus pulmones de nueve años y haciendo guiños de muñeco, cumplió su palabra. En menos de media hora desarrolló el tema de don Cosme. Don Cosme languidecía como una institutriz observada en falta.

La familia, mientras tanto, desesperada en Barcelona, sin lograr ubicarle, encargó a la Guardia Civil que indagara su paradero. La casa materna se anegaba en lágrimas. Salieron a relucir de todos los rincones fotografías, recuerdos tiernos, huellas diseminadas del pequeño odiseo. Hubo un comienzo de luto y cierto llanto.

Isaac, con su método Eslava y sus panecillos de salchichón había pasado del Escorial a Burgos, siguiendo su *tour néé*. El Gobernador—hombre quisquilloso y condecorado—le detuvo. Isaac se sentó al piano y maravilló al Gobernador. Un amigo de su padre, que traía orden y autoridad para llevarle maniatado a su casa, pensándolo mejor se le ofreció graciosamente como empresario. Y comenzó la peripecia estruendosa de su vida.

El Conde Morfi, secretario de don Alfonso XII, presentólo al rey, y fué pensionado para Bélgica, Alemania y Suiza.

A pesar de su niñez era un maravilloso ejecutante. Tocaba obras como la Obertura de Guillermo Tell y Semíramis de espaldas al teclado.

Una anécdota muy curiosa se refiere al modo como escribió su *Pavana*, que él tituló *Capricho*, dedicada a la Infanta Isabel. Un domingo, quiso ir a una corrida de toros. Su padre se negó a darle dinero. Agotadas todas las posibilidades, se acercó al teclado y, llorando a lágrima viva, compuso el «Capricho». Lo transcribió, corrió a la casa del editor Zozaya.

—¿Cuánto quieres por «esto»?—preguntó Zozaya con mucha displicencia.

—Lo justo para ir a la corrida de esta tarde, gimo-teó Isaac.

—La entrada es cara. Vale quince pèsetas el tendido de sol, porque es corrida regia.

Insistió Isaac. Sonreía Zozaya, mefistofélico. Y se hizo el trato: quince pesetas por una de las piezas que ha dado más ganancias.

Doña Clementina calla. Silencio cerrado con doble llave. Sus ochenta años se ponen de pie y recuerdan. Yo creí ver en una arruga de su frente el centro de la memoria, hecho surco por el tiempo. Cara tan de agua, tan de cosa noble y pura la de las ancianas, milagrosamente equilibrada en el cuerpo.

Hace ya un año que conocí a doña Clementina, como quien dice, un siglo. ¿Qué será de ella, ahora? Sus trajes antiguos, solemnes y negros; sus recuerdos de Isaac; los cariñosos rastros de su época, tan conmovedoramente mantenidos, eran una vuelta al tiempo perdido, una detención de horas, en medio del Madrid parlachín de los cafés.

Ahora que Madrid, gran ciudad desventurada, siente continuarse en ella la entraña dura de la sierra, la vegetación petrificada del yermo, la lava seca de la planicie castellana, ¿qué será de doña Clementina, tan afuera de las cosas, tan íntima, tan memoriosa?

Desaparecen los rostros amigos de esa España sola. Guerra. Desaparecen sus caminos y sus ciudades y su aire y, para construirlos, para recrearlos, escuchamos la música de Albéniz: como un paisaje.